

Introducción

Estas páginas van dirigidas a todas aquellas personas que deseen reflexionar y conocer más a fondo la fe de la Iglesia. Pueden ser útiles para ver mejor lo “razonable de la fe”. Hoy es más necesario que en otras épocas una sólida formación doctrinal, para no dejarse llevar de vientos de doctrina (cfr. Ef 4,14) que pueden confundir a quienes no conocen bien los fundamentos de su fe, a quienes no saben distinguir entre opiniones privadas –por más que se airén en influyentes medios de comunicación– y el Magisterio de la Iglesia. Hoy la Iglesia necesita cristianos bien formados, que estén prontos a dar razón de su esperanza gozosa en el Señor (cfr. 1 Pe 3, 15).

Igualmente pueden servir para aquellos que por algún motivo han “enfriado” su fe, hasta llegar a desdibujarse y ser poco influyente en sus vidas. Gracias a Dios son muchas las personas que en estos años “revueltos” y difíciles han mantenido firme su fe, aún con las debilidades o tropiezos inherentes a la condición humana –si bien con el esfuerzo personal y el auxilio de la gracia divina son evitables–, y han avanzado en su vida espiritual, precisamente como reacción ante las dificultades del ambiente, que se podrían

resumir en confusión doctrinal con la consiguiente permisividad moral.

Pero otros no han querido o no han podido hacer frente a esta situación y tras un proceso más o menos largo y variable según los casos, al final, cuando se detienen a reflexionar con un poco de calma en la evolución por la que han ido pasando, llegan a reconocer que, efectivamente, han perdido la fe: o la que les queda es tan etérea y poco comprometida que, de hecho, ya no es la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana; a lo más, es fe en Dios, pero no en Jesucristo; o en Jesucristo, pero no en su Iglesia; o dicen tener fe en la Iglesia pero no admiten determinados sacramentos (por ejemplo, la confesión) o algunos mandamientos (como el precepto dominical), etc.

Por último, desgraciadamente hoy ya no es una excepción en nuestro país encontrar jóvenes que si bien están bautizados y tal vez han hecho la primera comunión, puede decirse que casi nunca han vivido la fe de la Iglesia católica, porque han crecido y se han educado en unos ambientes familiares y escolares en los que la religión estaba ausente en la práctica. A eso se une unas costumbres y un modo de vida indiferente o incluso contrario a la vida cristiana.

Al describir estas situaciones parece oírse la voz de san Pablo recordando a los de Éfeso: “Habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios” (Ef 2,8). Como decimos, muchos hoy recibieron ese “don de Dios” y lo han perdido por no valorarlo convenientemente; otros tal vez no lo han tenido nunca. Y a unos y a otros, el Señor, que continúa saliendo al encuentro de todos los hombres, vuelve a decirles como a la samaritana junto al pozo de Jacob: “Si scires donum Dei...”, “si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido y Él te habría dado agua viva” (Ju 4,10).

Ninguna cosa humana puede suplir la fe; nada de este mundo puede colmar las ansias de felicidad del corazón humano: “todo

el que beba de esta agua” –del agua del pozo, de lo que perece– “tendrá sed de nuevo”, le dice el Señor a la samaritana; “pero el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed nunca más” (Ju 4,14).

Estas páginas pretenden ayudar a encontrar y profundizar en este “don de Dios”, la fe, y a reconocer y amar a Jesucristo, Fuente de la que mana “el agua que salta hasta la vida eterna” (Ju 4,14). No son un tratado sobre el Dogma y la Moral, aunque se expongan algunos puntos sobre lo que hemos de creer y lo que hemos de vivir como cristianos, porque los temas desarrollados son sólo una selección de aquellos que me han parecido más necesarios para “acercarse” a la fe y vivir de fe. Por esta misma razón tampoco son un catecismo, aunque haya escogido para su exposición el sistema de preguntas y respuestas, porque tal vez sea un modo útil para resaltar con concisión las diferentes cuestiones, tanto en su formulación como en las respuestas.

El libro plantea una serie de temas que cualquier persona de “buena fe”, –es decir, con deseo sincero de buscar la verdad– y que anhele encontrar a Dios debería de pensar.

Las respuestas son, en la mayoría de los casos, las conclusiones a las que puede llegar la razón por sí misma, sin necesidad de la luz de la fe, que es precisamente a la que estas páginas pretenden hacer llegar al lector, aunque el que ya goce de esa luz encuentre motivos, en estos razonamientos, para agradecerla y amarla más.

Se podría ver así que es razonable creer, que hay en verdad motivos para tener fe sobrenatural: del “entiende para que creas” de san Agustín, llegaríamos al “cree para que entiendas”¹, y ya desde la fe estar en condiciones de descubrir nuevos brillos en esa riqueza inagotable de la Palabra de Dios. Pero es necesario recordar que pasar del “esto es creíble” o del “debo creer” al “quiero creer” y por tanto “creo”, no es una simple consecuencia de un razonamiento

1. San Agustín, Sermón 43, n. 6.

natural, sino que se necesita la acción de la gracia sobrenatural que Dios da gratuita y libremente, si bien teniendo en cuenta la actitud del hombre hacia Dios.

Este libro se terminó de escribir antes de ser elegido el actual papa León XIV.